

# Las Perspectivas sobre el Futuro de la Socialdemocracia

*Dip. Elías Cárdenas Márquez\**

La socialdemocracia en México es una historia reciente. Su irrupción en la vida política e ideológica registra su acta de nacimiento hace solo tres décadas. Su acta de nacimiento se puede buscar en aquella difuminada Conferencia de Dirigentes Políticos de Europa y América en Pro de la Solidaridad Democrática Internacional, celebrada en Caracas en el mes de mayo de 1976. Su propósito, no fue en sí dar a conocer un programa o manifiesto socialdemócrata, sino buscar un acercamiento fraternal con los líderes latinoamericanos que emergían de la ancha franja de las izquierdas centristas, un tanto desconcertadas ante el brutal empuje de los arimanes liberados del mercado globalizador e impío y el autoritarismo esquizofrénico de una democracia virtual y exhausta, incapaz de dar respuesta a los procesos políticos – electorales y a las exigencias de una sociedad contestataria y liberada de los tabúes y mitos en que se solazaban los regímenes gobernantes.

Antes, treinta años, era un buen periodo de tiempo. José Ortega y Gasset llamó la atención que se trataba de la edad generacional que marcaba rumbos y definía perfiles en la sociedad. Hoy, tres décadas, es, a decir de las abuelas jóvenes, un suspiro. La socialdemocracia mexicana apenas ha tenido tiempo de tomar alientos iniciales en el final del Siglo XX y en el del actual. La dinámica social –acaudillada por los siempre obsoletos avances tecnológicos y científicos- pulveriza tiempos y devora edades. Nada es tan viejo como el noticiero de ayer por la noche y nada tan nuevo como una página de Homero, parafraseando a un clásico del periodismo serio y responsable del que hoy carecemos.

La socialdemocracia en México vivió una infancia en un entorno poco afortunado. La precedió (para sólo citar ejemplos de la oscura noche hegemónica y autoritaria) la masacre de Tlatelolco del ya muy frecuente olvidado año del 68, un sangriento Jueves de Corpus, la guerra sucia de los setenta, el sistema de corrupción institucionalizado, la fervorosa construcción de la contracultura, la red de medios de comunicación social al servicio de la fornicación empresarial y la seducción estatal, los crímenes de líderes de la izquierda radical y beligerante, la entronización de los “grandes acuerdos” entre la delincuencia organizada y desorganizada (según el nivel de la negociación) y los representantes del “Estado de Derecho” delincuenciales, la interiorización de la pobreza sin solemnidad, la mezquindad moral e intelectual de sus protagonistas culturales y políticas y el arribo de la ultra – derecha confesional de pretendidos blasones democráticos, actor y cómplice de fechorías y desatinos de todo orden. Este parvo recuento de la devastación social e ideológica sufrida en el México finisecular, no solo es necesario sino imprescindible para entender la aparición de la socialdemocracia en México.

---

\* Diputado Federal, Miembro del Grupo Parlamentario de Convergencia en la H. Cámara de Diputados, LX Legislatura.

¿Por qué este breviarío de horrores y sinrazones? Simplemente porque no existe el presente sin el pasado. Y menos el futuro que lleva insitas las posibles perspectivas de la socialdemocracia en México, tema acuciante para quienes se manifiestan en las distintas vertientes socialdemócratas de cuyo crecimiento en Convergencia, somos la muestra y el ejemplo más contundente y definitivo, pero quienes tenemos la responsabilidad de velar por sus valores, principios y programas.

Así, la socialdemocracia en México, asoma en el paisaje ideológico y político como una isla, vulnerada por los huracanes de la derecha acolita del conservadurismo desfachatado y las tormentas de la izquierda violenta y radical; y en la otra frontera, donde crecen las fuerzas – para algunos demoníacas- de un mercado obeso con sus afanes gananciales y rapacidades gozosas, ante los airados reclamos de la sociedad empobrecida y desencantada, alimentada por el rencor social, la ira socializada y el puño que dibuja en sus luchas cotidianas. Todo esto, frente a la progresiva debilidad de las instituciones y de aquellos partidos políticos incapaces de articular los “grandes –ya célebres por sus palinodias – acuerdos nacionales” que deben mover a la socialdemocracia no solamente a replantear sus estrategias, y a la par reflexionar su destino.

La socialdemocracia se encuentra, por tanto, inmersa en este contexto histórico, económico, político e ideológico. La importancia de ello radica en que la socialdemocracia mexicana tiene, por fuerza que atender las singularidades externas e internas de estos fenómenos. Por lo mismo, como es lógico la socialdemocracia en nuestro país adquiere una posición diferenciada, tanto de los regímenes socialdemócratas europeos como de los latinoamericanos. Esto es así, porque si bien teóricamente el sistema de la socialdemocracia descansa en principios torales como el liberalismo político, la solidaridad social y la participación del Estado en la economía. La europea en su misión y visión aparece con propósitos principalmente económicos. La latinoamericana, en cambio, sus fines son los de instaurar regímenes que reivindiquen las demandas sociales y ancestrales de sus pueblos, tras la larga noche de las dictaduras militares. En México, la socialdemocracia, tiene motivos proclives a inaugurar gobiernos que atiendan al bienestar social, pero sin descuidar el comportamiento de las fuerzas del mercado. Por ello, la vía de la socialdemocracia tiene que lograr, en primer lugar su propia identidad y expresión, sin olvidar la palingenesia ligada a su evolución en el contexto europeo.

Bajo estas luces y sombras de un somero enfoque la socialdemocracia nacional tiene una doble tarea: consolidar sus hasta ahora modestos logros políticos e ideológicos y enfrentar un escenario incierto y marcado pro las luchas electorales de triunfos sumamente controvertidos, un clima de descomposición política y apostasía ideológica, de instituciones desgastadas y disfuncionales en oposición a comunidades que reclaman sus derechos fundamentales a la vida, la libertad, la justicia y la equidad social. La brecha de la socialdemocracia es angosta y llena de riesgos que contempla una sociedad desigual e injusta donde se privilegia el poder económico y financiero. Y el autoritarismo secular, ante la pobreza y la marginación de millones de mexicanos.

Así es la dura cuesta por subir y la facilidad para resbalar. Porque no basta la identidad y la convicción en los principios socialdemócratas. Se requiere de una estrategia que articule un sostenido trabajo político en la sociedad y el esfuerzo permanente para encabezar las luchas sociales de los grandes grupos vulnerados y vulnerables, y ejercer cotidianamente la

denuncia pública que constate la congruencia entre lo que se dice con lo que se hace. Poner fin a esta forma de simulación, que es el rostro de una corrupción aterciopelada pero escarnecedora. Que el discurso socialdemócrata sea, en este caso, convalidado por las grandes mayorías nacionales, para que de esa manera se convierta en vocero auténtico de sus exigencias y demandas.

Las perspectivas de la socialdemocracia en México, por ello, son de alto riesgo en los procesos actuales de recomposición de las fuerzas políticas y económicas actuantes. El radicalismo que convoca a la violencia social – las más de las ocasiones justas pero inconducentes – y la complacencia en todos los niveles de gobierno de la depredación de los regímenes neoliberales y globalizantes, son dos peligros que acechan a la socialdemocracia. La transición democrática se advierte aun lejana por el encono de los intereses dominantes y la resistencia de los oprimidos. Construir una nueva sociedad es una tarea imprescindible de la socialdemocracia para alcanzar la libertad, la igualdad, la justicia, la seguridad, el pleno respeto a los derechos humanos y a un Estado socialmente responsable que garantice el cumplimiento del principio de legalidad y el bienestar social.

La difícil situación económica que se presenta en México es también un factor que abate a los espíritus más optimistas, porque no se puede cimentar el desarrollo armónico de la sociedad, mientras exista subordinación a los voraces intereses minoritarios. Convivir con las fuerzas del mercado es habitar en un lugar poblado por escorpiones. La universalización de los procesos globalizadores nos lleva a recordar la metáfora donde el delicado aletear de una mariposa en el Amazonas, puede provocar una tormenta trágica en Nueva Orleans.

La tarea inmediata de la socialdemocracia mexicana se abre a dos vertientes: la primera es la atención meticulosa de lo que se ha dado en llamar reformas estructurales, y la segunda abarca el amplio espectro de todo lo concerniente a la reforma del Estado.

Ambas expectativas son decisivas para que la socialdemocracia, con sus aportes puntuales y su estrategia operativa, logre posicionarse política e ideológicamente. Que deje constancia de su lucha por introducir en estos dos magnos planteamientos las grandes ideas reformistas, que modifiquen, aun sea parcialmente, el viejo modelo económico, por una parte; y por la otra las bases necesarias para precisar las responsabilidades del Estado como garante del bienestar colectivo.

Por lo que se refiere a las reformas estructurales –fiscal, energética, y laboral- mediante las cuales se pretende desanudar los obstáculos que frenan el desarrollo nacional, se debe alertar que tales reformas no deriven en otorgar mayores beneficios a los poderes fácticos, cuyos propósitos se manifiestan en privatizar los energéticos, gravar alimentos y medicinas e implantar un sistema neoliberal en las relaciones obrero patronales, lo que constituye una contrarreforma.

El reformismo ha sido constante en la evolución de la socialdemocracia, que hoy algunos de sus principales apologistas, la bautizan como renovadora con lo que significan su capacidad adaptativa a los nuevos tiempos que vive la sociedad.

Esta puerta por ahora permanece entrecerrada por la batalla de los grandes intereses en pugna, por lo que se debe asumir una actitud de alerta en esta controversia y mantener posturas acordes a los principios socialdemócratas.

En la reforma del Estado mexicano está presente la posibilidad de un cambio progresivo. Que por la vía pacífica se logre la conversión de las instituciones dotándolas del vigor perdido en los trasiegos de la era hegemónica y autoritaria, y el arribo de la derecha desprogramada y montada en las estructuras de antaño. Porque la reforma del Estado tiene que pasar por la modificación del modelo económico o no pasa por ningún lado. Modificaciones que atiendan la hondura de los sentimientos y necesidades nacionales.

Lo anterior podría ser, a grandes rasgos, un programa de acción, y los principios de una estrategia que garantice mayores avances para la socialdemocracia mexicana.